

No lleven Nada para el Viaje

Homilía para el Jueves de la Decima-cuarta Semana del Tiempo Ordinario para la Canta Misa de Jesús Alatorre, César Izquierdo, y Jesús Mariscal

Oseas: 11,1-4,8a; Mateo 10,7-15

Rvdmo. Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

¡La paz sea con ustedes! Si hay una palabra que junte nuestras escrituras de hoy con nuestra celebración aquí en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, puede ser resumida en una palabra: peregrinación.

¿Por qué "peregrinación?" Tengan en cuenta el conjunto de instrucciones que Jesús le da a sus discípulos cuando salen a predicar. Él les dice que no lleven nada para el viaje. Luego menciona las cosas que no deben llevar: ni oro, ni plata, ni cobre en los cinturones de dinero. Tampoco lleven bolsa, o segunda túnica y sandalias – ni siquiera un bastón.

La lista de lo que Jesús les ordena a sus discípulos que no lleven es en realidad una lista bien planificada de lo que un peregrino llevaría en un viaje. Los viajes en el primer siglo era a pie. Una de las principales razones para viajar era peregrinar al templo en Jerusalén – el lugar donde los peregrinos podían ofrecer sacrificios y oraciones. Esos viajes a menudo involucraban estadías de varios días. Lo cual requería un bolsa con cosas personales, una segunda túnica, algunas monedas para comprar comida, unas buenas sandalias y un buen bastón para el camino.

Sin embargo, los letrados sugieren que cuando estos mismos peregrinos llegaban al templo, la costumbre requería que antes de entrar al espacio sagrado ellos debían dejar todas sus pertenencias en la puerta: las sandalias, la bolsa, el cinturón con las monedas, la túnica extra y el bastón. Los peregrinos entraban a las áreas sagradas del templo de Jerusalén solamente con la túnica.

Parece que Jesús está sugiriéndoles a sus discípulos que cuando vayan a predicar, ellos deben entrar a los hogares como si estuvieran entrando al espacio sagrado del templo. Entraban en las casas de aquellos a quienes servían con gran reverencia, gran respeto y gran cuidado. Elevaban y destacaban los sacrificios que veían en los hogares donde predicaban como si fueran los sacrificios sagrados que se ofrecían en el templo.

Esto no es sólo un consejo seguro y sano para nuestros tres recién ordenados sacerdotes aquí en la Basílica de la Diócesis de Yakima en los Estados Unidos de América a medida que se embarcan en su vida de servicio a nuestra gente, sino que es un gran consejo para todos y cada uno de nosotros que hacemos esta peregrinación a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, el lugar de peregrinación más visitado en el mundo.

La Iglesia a menudo habla del hogar familiar como una clase de "iglesia doméstica." Así que, estamos entrando a una clase de santuario, un lugar protegido donde Dios está en el centro de toda vida familiar. La casa se convierte en un hogar al colocar a Cristo en el centro de la vida familiar. Cuando el sacerdote visita el hogar, él puede extraer esta dimensión espiritual de la vida común de una familia.

De igual manera, como peregrinos, nuestro tiempo en una peregrinación debe ayudarnos a regresar a nuestra vida diaria con gran reverencia y admiración por la forma en que Dios está trabajando en nuestras vidas. Podemos regresar a nuestras rutinas diarias, con una frescura y aprecio que nuestro deseo por Dios, nuestro afán de colocar a Dios en el centro de nuestras vidas, no es algo que hacemos solos. No. Este gran lugar de peregrinación nos recuerda que hay, literalmente, millones de otras personas alrededor del mundo deseando lo mismo. Ellos nunca serán famosos. Nunca serán "noticia de última hora." Pero ellos harán fielmente lo que nosotros deseamos hacer. Traerán una sensación de lo sagrado al corazón de sus hogares. Harán de sus hogares una "iglesia doméstica." Convertirán sus casas en un hogar poniendo a Cristo en el centro de sus vidas.

Demos gracias por la capacidad de hacer esta peregrinación – no sólo esta peregrinación a la Basílica de Guadalupe – sino la peregrinación de fe en nuestro diario vivir. Pidámosle a Dios que nos ayude a viajar ligeramente, a no permitirnos estar sobrecargados con bienes materiales y preocupaciones internas. Junto con el pan y el vino, coloquemos cualquier carga o necesidad que traigamos – ya sean las nuestras – o las de nuestros seres queridos que quedaron en casa. Que podamos estar – en sentido figurado – alrededor del altar con sólo una túnica, confiando en que la providencia de Dios proveerá el resto. ¡La paz sea con ustedes!